

persuadido, de que no podeis comprenderlo del todo. » Dice también que el Santo le habló poco ántes de morir, y añade que despues de su muerte, se separó Paulino efectivamente de la Iglesia, y escribió contra la fé. Pero sí como aparece del testamento, es este Paulino el mismo Paullonas de que hemos hablado, es de creer que Gennadio se engañase en las circunstancias de esta historia, asignando la desersión del mal discípulo despues de la muerte del Santo: pues cuando éste lo maldijo, habia caido ya en el error.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN EFRÉN

Toda la antigüedad admira las obras de san Efrén, como admira la santidad de su vida, y pocos escritores ha habido cuyas obras hayan sido acogidas con tanto aplauso. Todos los historiadores que han hablado de ellas lo hacen con grán encomio, y notan en particular que, en las traducciones que se han hecho á diferentes lenguas, han perdido poco de su belleza, la cual se halla más en los pensamientos que en las expresiones. Asegura san Jerónimo que, al leer una de estas obras traducidas, reconoció la vivacidad de esta inteligencia tan sublime, y que era tenida esta obra en tanta veneración, que se leía públicamente en algunas iglesias despues de la santa Escritura. San Basilio, dice Sozomeno, á quién se reconocia como uno de los Padres más elocuentes, admiraba la profundidad de sus escritos, y no cesaba de alabar á su autor. El mismo Sozomeno se espresa de este modo: « No habiendo sido educado Efrén por los maestros de las letras humanas, hizo, no obstante, tantos progresos en su lengua nativa, á sea la siriaca, que en sus escritos se encuentran los más elevados conceptos filosóficos, y aún puede decirse que superó á los más eminentes escritores griegos, tanto por la facilidad y nobleza

de expresión, como por la abundancia y solidez de los pensamientos. Se nota también que, cuando las obras griegas se quieren traducir á la lengua siriaca ó á cualquiera otra, pierden mucho de su belleza; pero con las de Efrén sucede todo lo contrario: pues lo que de ellas se ha traducido conserva toda la propiedad y elegancia del original, de modo que el griego no le admira ménos en su lengua, que el sirio en la suya. »

Focio emite el mismo juicio, y dice que los sirios le atribuyen más de mil obras. Sozomeno le atribuye también tres millones de versos, además de sus escritos en prosa. Desde luego parece extraño, que, aplicado de una parte á los ejercicios de la vida religiosa y á la oración que constituia todas sus delicias, y ocupado por otra en el ministerio de la predicación, así como en satisfacer las consultas de muchas personas, haya podido escribir tanto número de obras. Pero ya hemos hecho notar que Dios le habia comunicado sus dones por una infusión sobrenatural, y le habia concedido también el de la palabra para expresar dignamente lo que le inspiraba el Espíritu Santo. No sorprenda, pues, que, estando lleno en esta divina fuente, haya difundido con tanta abundancia sus saludables aguas.

No es nuestro designio entrar en el análisis de todas las obras que se conservan, pues iríamos más allá de los límites que nos hemos trazado en nuestro plan. Bastará que demos un extracto de ellas, sacándolo de la traducción francesa publicada en Roma á mediados del siglo dieciocho, para exponer, en cierto modo, la doctrina espiritual de este gran Santo.

Hemos dicho en su Vida, que de todas partes venian muchas personas para recibir sus consejos, como de un excelente maestro de la virtud, y sobre todo de la vida religiosa. Habiendo venido de pais muy lejano unos religiosos, compuso el tratado de las virtudes, y de los vicios que á

ellas se oponen, en el cual demuestra las ventajas que estas virtudes proporcionan al alma, y las miserias a que la arrastran los vicios opuestos.

1° — Sobre el temor de Dios y sobre la falta de este temor dice : « Feliz el hombre que teme á Dios, pues el Espíritu Santo le llama bienaventurado, y este temor saludable le pone á cubierto de los lazos del enemigo. No es seducido por sus artificios, disipa sus ilusiones, triunfa de su malicia, combate la carne, se muestra sordo á las sollicitaciones de la voluptuosidad, vive en el recogimiento, vela sobre sí mismo, y está atento á sus deberes. Ama y ejecuta con prontitud todo lo que es agradable al Señor, y por último, este saludable temor es una fuente fecunda de bienes. Pero el que no teme á Dios se halla expuesto á todos los lazos del demonio : es ligero, inconstante y veleidoso : es relajado, sigue las inclinaciones de los sentidos, se complace en la ociosidad, se deja arrastrar por sus pasiones, ama la vanidad, teme la humillación, no piensa en el juicio que le está preparado. Así es que será separado de los buenos, y arrojado á las tinieblas exteriores ! Que suerte tan desgraciada ! »

2° — Sobre la caridad y sobre los que se hallan despojados de esta virtud dice : « ; Feliz el hombre en quién habita la caridad ! pues lleva á Dios en su corazón según la frase del Evangelista amado ; *Dios es caridad, y quién permanece en caridad en Dios permanece, y Dios en él* ¹. El que posee esta virtud es elevado con Dios sobre todo cuanto existe, no se hincha por el orgullo, no aborrece á nadie, no es celoso, ni falso, ni calumniador. Por el contrario, está siempre lleno de compasión hacia todas las necesidades ; se apresura á dar su mano al que se ha extraviado, y consuela al que padece aflixión. Expone su

¹ I Joan. iv, 16.

vida para salvar al que está en peligro, todo lo sufre, y se considera como el menor de todos. El que tiene caridad es verdadero discípulo de Jesucristo. Dichoso, pues, el que posee esta virtud, porque reconociendo Jesucristo que le pertenece, le recibirá en su seno : habitará con los ángeles, y reinará con Jesucristo que ha producido la caridad en su corazón. Desgraciados, por el contrario, los que se hallan desprovistos de caridad, porque pasarán su vida en vanidades ; Quién no gemirá viéndoles alejados de Dios, y sumidos en las tinieblas en que han querido sepultarse ? El que no tiene caridad fácilmente se irrita, se alegra del mal del prójimo, no se compadece del que cae, rehusa prestarle auxilio, no advierte que se extravia, incita á disputas, aplaude á los maldicientes y blasfemos, se asocia á los calumniadores, favorece los designios de los envidiosos, y es el ministro é instrumento del enemigo común. »

3° — Sobre la longanimidad y el vicio opuesto, dice : « La Escritura hace el elogio de la longanimidad, diciendo por la boca del Sabio : *El hombre paciente se gobierna con mucha prudencia*. ¹ ¿ Quién es, efectivamente, más dichoso y más digno de admiración que él ? Siempre se halla contento y gozoso, porque tiene puesta su esperanza en el Señor : no hace caso de las palabras que le molestan, ni aún de las injurias. Mientras que los demás se afligen, él conserva la paz de su alma en las adversidades : se goza en las buenas obras de otros, y sufre pacientemente á los envidiosos ; Se le manda alguna cosa ? al punto obedece. ¿ Se le reprende ? pues recibe con humildad las amonestaciones, y se ejercita constantemente en la paciencia. Por el contrario, el que carece de esta virtud se turba é impacienta con facilidad : ultraja al que le ofende, y se venga del que le infiere algún mal. Es voluble, inconstante é inconsi-

¹ Prov. xiv, 29.

derado. No forma juicios verdaderos, es indiscreto, y manifiesta traidoramente los secretos que se le confían. Es muy desgraciado, y se le puede considerar como un miserable. »

4° — El Santo que se distinguía por su dulzura tanto como por su humildad, continúa la misma materia en los artículos siguientes, y habla en particular de la paciencia que se funda en la esperanza en Dios, que nunca queda defraudada. Dice que Dios se halla lleno de misericordia para con los que en él esperan : que el que posee la esperanza tiene la paciencia y todas las demás virtudes : que se halla siempre dispuesto á la obediencia : que es prudente, muy recatado en sus palabras y acciones, irreprochable en todo lo que hace, lleno de fervor en el canto de los salmos y en sus oraciones, perseverante en sus ayunos, recto en sus respuestas, regulado en su conducta, exacto en su ministerio, afable en la conversación, dulce en sus consejos, contento en sus vigiliass, caritativo para con los extraños, celoso en la asistencia de los enfermos, y enriquecido, por último, con todo género de virtudes, dice con el real Profeta : *Esperando he esperado en el Señor, y me atendió, y oyó mis ruegos, y sacóme de un lago de miseria, y de un lodo cenagoso* ¹.

Dice de la bondad de corazón, que el que posee esta virtud, alejando de sí todo espíritu de dureza y animosidad, tiene siempre el alma tranquila y el rostro alegre ; que dá poca importancia á los discursos de los ociosos, y procura huir de los coléricos y habladores : que se hace templo del Espíritu Santo, al cual no contrista, y que ama con todo su corazón a Jesucristo. Este divino Maestro llama bienaventurados á los mansos, porque ellos poseerán la tierra, es decir, la tierra de los vivientes, que es el cielo, y nada

¹ Ps. xxxix.

hay en este mundo que pueda compararse á la grandeza y magnificencia de esta promesa. Por esta razón, hermanos míos, dice, estando prometidas estas inmensas riquezas á esta virtud, es preciso que os esforceis por adquirirlas. Escuchad al profeta Isaias : *¿ En quién pondré mis ojos, sino en el pobrecito y quebrantado de espíritu, y que tiembla de mis palabras ?* ¹ ¿ No debe arrebataros de admiración esta promesa ? Procurad, pues, no hacer cosa alguna que pueda privaros de ella, y emplead todos vuestros esfuerzos en poseer sólidamente esta eminente virtud : pues no hay buena obra que no contribuya á enriquecer al hombre que es dulce. Se complace en las injurias : dá gracias á Dios por los males que le sobrevienen ; apacigua con caridad la cólera de los demás ; sufre con resignación las correcciones ; ama la obediencia, y se goza en las humillaciones. No se gloria del bien que hace ; vive en paz con todos, y huye de la doblez ; Oh ! ; cuán grandes y amables son las riquezas, que proporciona la dulzura ! Todo el mundo ensalza esta incomparable virtud. »

5° — Oponiendo san Efrén á estas tres virtudes los vicios opuestos, dice contra los que pecan contra la paciencia, que están condenados por todos los Libros santos : que son como una hoja que el menor viento agita : que son cobardes en la adversidad : que son propensos á la disputa, en la que de ordinario quedan vencidos ; que murmuran en vez de resignarse : rehusan obedecer cuando se les manda : son perezosos en la oración, soñolientos en las vigiliass, tristes en los ayunos, indecisos en sus respuestas, desvergonzados en sus acciones, imperiosos en lo que mandan, enemigos de los hombres de bien, y por último, que están agoviados de amargura, y no pueden llegar á la

¹ Luc. xi, 46.

² Is. lxvi, 2.

virtud, pues según el Apóstol, solamente por la paciencia podemos correr á la batalla que nos está propuesta ¹. Dice contra la cólera, que es muy desgraciado el que se halla dominado por ella : que esta pasión dá muerte al alma, y que hasta influye en la salud del cuerpo, porque lo mismo atormenta al espíritu que á los sentidos, y que es odiosa para todo el mundo. Dice, por último, contra el vicio opuesto á la dulzura, que no se pueden llorar todo lo suficiente los que están poseidos de él : pues como dice el Salmista : *los que proceden malignamente serán exterminados* ². Caracteriza al hombre maligno de este modo : « Nunca puede estar en paz : siempre está agitado y turbado, siempre lleno de bilis, de veneno y de odio. Es envidioso, murmurador, altivo, colérico, rebelde á sus superiores, enemigo de sabios consejos, de buenas costumbres y de santas leyes : desprecia las advertencias que se le hacen, persigue á los buenos, hace sufrir á los sencillos, se incomoda con los que son dulces y pacientes, hiere traidoramente con su lengua á los ausentes, enciende en todas partes la discordia, y por último, se halla cargado de tantos defectos, que es en extremo digno de compasión. »

6° — Despues habla el Santo de la verdad y de la mentira ³. Bienaventurado, dice, el que ama la verdad, pues imita á Dios que es la verdad, y en quién no puede haber mentira. El que observa la verdad es agradable y útil á los hombres : su rectitud y su sinceridad forman el gozo de sus hermanos. Es muy sincero en sus respuestas, y muy recto en sus juicios : es de un trato dulce y afable, y es rico en buenas obras y en virtudes. Por el contrario, es muy desgraciado el que se entrega á la mentira, y se asemeja al

¹ Hebr. XII, 1.

² Ps. VIXXL, 9.

³ I Cor. VI, 10.

demonio que es el padre de ella. El mentiroso pierde toda autoridad, todo crédito : se atrae á un mismo tiempo el odio de Dios y de los hombres : es sospechoso en todas sus respuestas, y nadie aprueba su conducta : suscita querellas en los monasterios y en las familias, y es para las comunidades como una polilla que todo lo corroe. Publica lo que debe tenerse en secreto, y divide á los que están unidos por los más estrechos lazos de la sangre ó de la amistad. Nada hay tan vergonzoso como la mentira : todo el mundo la detesta, y á su natural horror va unido un desprecio el más soberano. »

7° — Habla en seguida el Santo de la obediencia, como de la virtud fundamental de la vida religiosa, y de la murmuración que es opuesta á ella. « El verdadero obediente, dice, es muy dichoso, porque imita al Maestro celestial, que se hizo obediente hasta la muerte, y por lo mismo, es coheredero de su gloria. El que ha obtenido del cielo el precioso don de la obediencia, ha adquirido un bien inestimable, ha encontrado el tesoro celestial, y además se hace grato al mundo. Todos le alaban, todos le estiman, todos le honran ; Oh ! cuán grande es el verdadero obediente ! Adelanta, y hace rápidos progresos en la virtud. Jamás resiste, jamás se excusa ; siempre se halla dispuesto á practicar lo bueno. Si se le reprende, no se incomoda : si se le dá un consejo, no se enfada : si se le destina á un lugar, no opone ninguna resistencia. Exacto observador de su regla, jamás sale de sus preceptos, ni pone medios para atemperarlos. Alaba, celebra y practica los ejercicios de la vida religiosa. Huye la ociosidad, no busca complacencias, y vive, según la enseñanza del Apóstol, en el estado en que Dios le ha colocado. Pero si el verdadero obediente es digno de elogio, el que se deja llevar de la murmuración es odioso y digno de desprecio. Y efectivamente, uno de los mayores males que pueden

afligir á una comunidad religiosa es la murmuración. Es un escándalo constante para los hermanos, rompe la unión, y arruina la paz y la caridad. El murmurador para nada es bueno : si se le envía á alguna parte, alega frívolas excusas : si se le aplica á alguna obra, nunca la considera buena ni conveniente, á la vez que con su ejemplo, incita á otros á la desobediencia. Si se le llama á la vigilia, pretexto hallarse enfermo : si se le dá un consejo, lo rehusa. Nunca comienza solo su obra ; siempre procura que álguien le acompañe, para tener con quién murmurar. Es perezoso : habla siempre al oído, y propala mentiras contra unos y contra otros ; es falso en su amistad é implacable en su odio. Guardémonos, pues, hermanos míos, de murmurar y de entristecernos cuando hay que ejecutar las órdenes de nuestros superiores. Nunca aleguemos vanas excusas para dispensarnos de la obediencia, ni nos creamos más hábiles que los que nos gobiernan.

8º — Trata despues el Santo de la envidia y de la maledicencia que condena enérgicamente, así como alaba á los que se hallan exentos de estos vicios. « El que no es envidioso, dice, no siente pena por el bién de su hermano, ni por las alabanzas que se le tributan, porque estima á los demás más que á sí mismo, y no busca su propia gloria. Se complace en la virtud de los otros, los alaba, y los anima á adelantar en ella. No insulta al que peca, sino que lo corrige sabia y caritativamente. No irrita más al que se halla encolerizado, sino que procura apaciguarlo. Consuela al que se halla afligido, y atrae al sendero del bién al que se ha extraviado, y para decirlo en dos palabras, el que se halla exento de la envidia no deprime á sus hermanos, sino que se complace en su bién. Por el contrario, el envidioso es enemigo de todo el género humano : arroja la piedra del escándalo á los pies de los que caminan rectamente, se burla de su piedad, interpreta en mal sentido el

bién que hacen, se goza en las caidas de otros, hace sentir su mal humor á todo el mundo, y se muestra enemigo de todos. El veneno de la envidia es mortal, es una fuente inagotable de odios y de querellas, y por último, el que se halla dominado de este vicio participa de la malicia del demonio, y se halla condenado como él. Feliz el que, sabiendo que todos estamos sujetos á defectos, tiene horror á divulgar los de de los otros, porque se conservará inocente y libre de pecado, triunfará de los demonios, y se preparará un tesoro que nadie podrá arrebatarse ; habitará desde ahora con los ángeles, y su boca exhalará el buen olor de los frutos del Espíritu Santo. Pero el que se complace en la maledicencia, se hace culpable de todo el mal que resulta á los otros, y merece ser considerado como un fatricida, que ha ahogado en su corazón los sentimientos de la naturaleza. Por esta razón enumerando san Pablo las malas obras de los impíos, añade á ellas la maledicencia : *Ni los maldicientes, dice, ni los robadores poseerán el reino de Dios* ¹.

9º — Habla también san Efrén de la templanza y de la continencia, con las cuales combatimos los apetitos desordenados. La continencia, dice, es una virtud muy excelente, que ejerce su imperio sobre la lengua, y la impide emplearse en vanos discursos. Ella pone en la boca el freno de la modestia, y el que posee esta virtud no se mezcla ni ocupa sino en lo que le interesa. La continencia de los oídos impide que se preste atención á la maledicencia y á las nece dades, y la de los ojos no permite que se mire con indiferencia todo lo que agrada á la vista, y que está prohibido. Hay también la templanza del espíritu, que hace que se reprima la cólera y la ambición de la gloria mundana, que se repriman los vanos deseos, que se disipen los

¹ I Cor. vi, 10.

malos pensamientos y que se venzan las pasiones. La templanza en la comida y en la bebida regula el apetito por medio de la sobriedad: lejos de buscar los manjares delicados y las bebidas exquisitas, se contenta con el alimento necesario, y evita todo exceso. Por último, la templanza en los placeres hace que se dominen los sentidos, que se ponga freno á la concupiscencia, y que, con el deseo de los placeres celestiales, se desprecien las vanidades de la tierra. Más el que se dá á la intemperancia se deja vencer fácilmente por los demás vicios; se constituye en un charlatán, no gusta más que de chanzonetas, busca el aplauso y la gloria de los hombres, se expone á conversaciones peligrosas, huye de la compañía de los sabios y de los ancianos, le enfada la de los religiosos, teme la austeridad de los Padres, y se entristece con el ayuno y el silencio. ¡ Desgraciados, pues, los que se despojan de la virtud de la continencia!

10º Concluye el Santo su tratado con un rasgo de la profunda humildad de que se hallaba penetrada su alma, y que tanto más le enaltece, cuanto más se esfuerza por rebajarse. « ¿ Pero que será de mí, dice, que, predicando constantemente á otros las virtudes, no he adquirido la práctica de ninguna de ellas? ¿ No se me podrán aplicar estas palabras de Jesucristo: *Cargais á los hombres de cargas que no pueden llevar, y vosotros ni aún con uno de vuestros dedos tocáis las cargas?* Por eso, hermanos míos, á vosotros que estais prevenidos con las bendiciones del Señor, y que participais de los bienes del cielo, os recomiendo que os apliqueis con todas vuestras fuerzas á hacerlos agradables á Jesucristo. Ya que teneis la dicha de estar alistados en su santa milicia, procurad que ninguno sea rechazado como relajado y negligente. No os dejéis llevar de la ley de la carne, pues no encontraríais excusa en el tribunal de Jesucristo. ¡ Desgraciado de mí, que en-

tonces me encontraré destituido de todo auxilio! ¡ Desgraciado el que sea citado ante este tribunal y acusado de vana gloria, de arrogancia, de obstinación, de desobediencia, de destemplanza, de insolencia, de orgullo, de envidia, de cólera, etc. ! ¿ Qué excusa podrá dar? Aún podría hablar de otras muchas faltas. No nos dejemos seducir por el demonio, que quiere hacernos aparecer como almas ligeras: guardémonos de ser cogidos en sus redes, y vigilemos sobre nosotros mismos para merecer la recompensa eterna. Amen. »

Un solitario, que creyó haber hecho grandes progresos en la virtud, cayó en el lazo de la vana gloria, y se ilusionó con la extravagante idea, de que sería arrebatado al cielo, cual otro Elías. Al saberlo san Efrén, se afligió sobre manera por el alma de aquel religioso seducido por el demonio, y le dirigió una extensa carta, en que le daba excelentes lecciones de humildad, de que todos pueden sacar grande provecho.

« Todo ejercicio de piedad, dice, toda templanza, toda obediencia, toda pobreza voluntaria, toda regularidad y austeridad, toda penitencia y maceración, toda virtud, en una palabra, es vana y estéril sin la humildad. Así como ésta es el principio y el fin de todo bien, así el orgullo es el principio y el fin de todos los males. El espíritu impuro es hábil y mañoso, y sabe tomar toda clase de formas: por esta razón estudia á toda hora la manera de hacerse dueño de los hombres, y en todos los caminos tiende sus lazos. Para con el sabio se vale de su misma sabiduría, para con el fuerte de su misma fortaleza, para con el rico de sus mismas riquezas, y para con el elocuente de su misma elocuencia. »

Pues de la misma manera ataca á los que tienen bienes espirituales. Al que ha renunciado al siglo le ataca por esta renuncia: al que vive en el silencio y en el reposo de